

—Pero nos provocan; — interrumpió el mayordomo regordete,—y no se cansen ustedes, es menester hoy sacar el dinero y también la espada.

D. Pedro paseó su vista por las descompuestas fisonomías de los santos varones, sonrió maliciosamente, alisó de nuevo su sombrero con el pañuelo blanco, y desapareció tras de la misteriosa puertecilla, y uno á uno, de puntillas, tomando agua bendita y arrodillándose al pasar por la iglesia, delante del altar del Santo Sacramento, fueron saliendo á la calle y dispersándose los terribles conspiradores. El imponente salón quedó solo y silencioso, y las bellas monjitas, pintadas por el admirable pincel de Cabrera y del Padre Herrera, sonrieron dirigiendo una mirada de gratitud á los valientes clérigos y mayordomos que las iban á defender quizá hasta en los sangrientos campos de batalla.

CAPÍTULO XXXIX

Un buen amigo

CON Pedro se encaminó á la catedral, tuvo tiempo de oír de rodillas y con mucha devoción su misa en el altar del Perdón, de allí pasó al Arzobispado á conferenciar con el provisor, y poco después de medio día se presentó en el Palacio en las habitaciones de un alto personaje y fué recibido en el acto.

El alto personaje era un hombre efectivamente de alto cuerpo, muy erguido, á pesar de la edad, flaco, pero con duros nervios, pómulos salientes ojillos claros, vivos y benévolos, no obstante que quisieran aparecer siempre enojados. Este personaje, y de veras poderoso en esos momentos, era de carácter irascible y nervioso, tenaz como ninguno, con cierta decisión y autoridad para mandar, sin ningún miedo á la muerte, confiando ciegamente en su pueblo, como le llamaba, y con convicciones políticas ultra-liberales, que nadie era capaz, no sólo de cambiar, pero ni aun de modificar ni en lo más insig-

nificante, pero con todo y esto, en el fondo era bueno, de una honradez y desprendimiento ejemplares y de una buena fe tal, que no era difícil sorprenderlo y engañarlo. D. Pedro lo conocía, lo había tratado mucho, y en sus épocas de desgracia había tenido oportunidad de hacerle algunos favores y aun de ocultarlo en su casa, una vez que fué perseguido por la policía del gobierno dictatorial.

—Precisamente iba en este momento á mandar á buscar á usted con uno de mis ayudantes,—dijo bruscamente el alto personaje á D. Pedro, sin saludarlo ni ofrecerle asiento.

—Aquí me tiene usted,—contestó D. Pedro con cierta entereza,—¿me necesita usted para alguna cosa?

—Sí,—contestó con visible enojo,—mandaba buscar á usted para fusilarlo.

D. Pedro no se conmovió, porque sabía la persona con quien trataba, y con calma y medio sonriendo le contestó:

—Pero una vez que he venido por mi voluntad, habrá usted cambiado de opinión y no me fusilará, sino que me ocupará en lo que me crea útil. Ya sabe usted que, aparte mis opiniones religiosas, en lo que no cedo, como usted no cede en sus opiniones liberales; soy amigo del gobierno, porque mi principio es sostener á la autoridad existente: la sociedad no tiene más garantía que el gobierno, sea cual fuere.

—Sí, sí, me gustan los hombres firmes en sus opiniones; pero he recibido varios anónimos en los que se me dice que usted conspira y que facilita dinero á los descontentos, y cuidado, pues si adquiero las pruebas de esta traición, he de hacer un ejemplar.

D. Pedro iba á hablar, pero el enojado funcionario no lo dejó y continuó cada vez más exaltado y como respondiendo á una observación que D. Pedro hizo para sus adentros, pero que no llegó á formular.

—Digo muy bien, traición, esa es la palabra propia, traición y muy negra y muy infame. Los enemigos están á la puertas de la República, quizá en estos momentos el ejército norte-americano marcha sobre de San Luis, y el ejército del Norte no se puede mover por falta de dinero, mientras los clérigos, encerrados en su egoísmo, se niegan á todo lo que se les ha propuesto, y en vez de prestar auxilio al gobierno, conspiran contra él. Pues que lo han querido así, ya verán lo que se les espera. Les hemos de quitar hasta el bonete. Ya habrá usted visto la ley, y con ella vamos á tener mucho dinero y les venderemos las fincas que, dándolas baratas, sobrará quien las compre. ¡Traidores! Sí, traidores, ¡que tiemblen estos clérigos fanáticos! Qué tal serán que el doctor Mora, hombre muy recto y honrado, siendo clérigo como usted lo sabe, ha tenido que abandonarlos y volverse contra ellos, es decir, del lado de la razón y de la libertad.

El alto funcionario, que recibió á D. Pedro de pie, se dejó caer en un sillón, como fatigado, al mismo tiempo que satisfecho de su calurosa y patriótica peroración.

D. Pedro guardó todavía diez minutos de silencio y dejó que su amigo desfogase su cólera. Así que disimuladamente observó que sus ojillos volvían á su expresión habitual y que se había desvanecido el color rojo de que se pintaron sus pómulos, comenzó á hablar lentamente.

—¿Sería posible que estando usted á la cabeza del go-

bierno, pudiese yo mezclarme en conspiración alguna! Ni por pienso, y en cuanto á dar dinero, mucho menos. Usted mejor que nadie sabe lo que me han costado las revoluciones y el pago que me han dado esos benditos padrecitos, que ya no me inspiran mucha confianza, porque he tenido pruebas de su egoísmo y de su obstinación en contra de sus propios intereses. Ayer, nada menos, se los decía yo. Encontré por una mera casualidad una reunión de lo más escogido.

—¿No se lo decía yo á usted? Los anónimos tienen un fundamento de verdad. Juntas, juntas de conspiradores. Eso es precisamente lo que me dicen.

—Era una función á la Virgen de Covadonga. Usted sabe que los españoles son muy devotos... era cosa de ellos, tenderos, vinateros, empeñeros, y, por supuesto, los padres y los acólitos; nada de política; lo han engañado á usted, pero, como decía, aproveché la oportunidad de que estuviesen juntos en la sacristía cuando acabó la misa cantada, para manifestarles lo apurado que está el gobierno, lo que realzaría su nombre y su prestigio si hacían el acto patriótico de facilitar al gobierno un medio millón de pesos para ayuda de los gastos de la guerra, y así tal vez la ley sería derogada y podrían salvarse, pero... nada... cerrados, completamente obstinados hasta un grado increíble y fiados en que Dios ha de salvar los bienes de la Iglesia.

—Ni Dios, ni el mismo diablo, los ha de salvar en esta vez,—exclamó el alto personaje volviendo á encenderse en cólera,—pues que no quieren entrar en ninguna combinación, y ya por otro conducto se había intentado que lo pierdan todo.

—Pero el mal no es ese, al fin de una manera ó de

otra perderán, como se dice, acha, calabaza y miel,—prosiguió diciendo D. Pedro con la mayor calma.

—¿Pues cuál es el mal entonces?

—La guardia nacional, respetable amigo mío. En Méjico salen todas las cosas contraproducentes. Se ha levantado y armado la guardia nacional para evitar que el ejército se pronuncie y domine, y ahora que el ejército se conserva fiel, al menos el batallón de granaderos que está en la ciudadela, la guardia nacional se quiere pronunciar.

Al oír estas últimas palabras el enojo del funcionario no tuvo ya límites, se levantó de su asiento, y echando chispas por los ojos y algo de espuma blanca por los extremos de la boca, dió una fuerte palmada sobre la mesa y se encaró á D. Pedro gritando:

—¡Los hemos de aniquilar, sí, los hemos de reducir á polvo, les echaré al pueblo encima y no quedará uno solo de esos polkos que no saben otra cosa más que bailar en los salones! Yo cuento con mi guardia nacional, y tengo el batallón de granaderos, y tengo artillería, y les echaré encima á la artillería y al pueblo, y veremos cómo se baten esos señoritos mimados, esos aristócratas de charasca que se creen con derecho á dominar al país porque tienen cuatro reales, como quien dice.

—Es que,—interrumpió D. Pedro,—están bien armados, no les falta dinero, porque cada uno tiene con que vivir y no necesitan de los dos reales diarios como la guardia nacional de usted, compuesta de hombres valientes, pero pobres...

—Es verdad,—contestó con algún desconsuelo,—nos falta el dinero en estos momentos, que son preciosos. Soy resuelto.

—Ya sabe usted mi situación; usted la conoce mejor que yo,—continuó con la mayor calma D. Pedro, repitiendo su conocida cantinela,—pero si algo pudiera servir un pico, una friolera, ocho ó diez mil pesos para que pudiera usted dar dos ó tres días de haber á estos beneméritos ciudadanos que defienden el Palacio, yo podría enviárselos á usted en el acto con mi dependiente.

—Acepto, acepto, y le aseguro que esta noche quedarán desarmados los batallones de polkos, disuelta esa parte de la guardia nacional y reforzada la mía con el pueblo que se viene á presentar. Ya habrá usted visto al entrar que en las puertas y en las cercanías del Palacio hay mucha gente. Es mi pueblo, mi pueblo que quiere armas para pelear contra los invasores extranjeros y contra los traidores.

—Mejor sería,—indicó D. Pedro con mucha sorna y malicia,—que, puesto que esos señores que les llaman polkos y que, según ellos mismos dicen, han tomado las armas para defender á su patria, marcharan á Veracruz, que de un momento á otro será amenazado por la escuadra americana.

—Cabal, cabal, muy buena idea, pues que son tan valientes, que vayan á batirse con los americanos. Mañana daré ocupar el edificio de la Universidad con uno de mis batallones. El coronel, que es de toda mi confianza, se encargará de esto, y mañana mismo que salgan esas fuerzas para Veracruz; mas para esto necesito ahora mismo dinero.

—Dentro de una hora estará mi dependiente en la portería y entregará diez mil pesos,—contestó D. Pedro tomando su sombrero y presentando su mano seca al alto personaje, el que, animado al parecer con un esp

ritu juvenil y entusiasta, se la estrechó, y bailándole los ojos, no del placer de la venganza, que no conocía su alma, sino del triunfo de la causa política que veía pronta, fácil y cercano, tocó una campanilla y al instante se presentó un ayudante, al que comenzó á dar órdenes precisas, terminantes y á cual más terribles. Si no había obediencia ciega é inmediata de parte de los batallones de polkos, las cosas deberían llevarse á fuego y sangre.

D. Pedro, por su parte, salió con su calma fingida del Palacio, saludando con afabilidad á todo el que encontraba, pero en la puerta tomó su coche, se dirigió á la casa de Fernández y C., donde tenía su dinero y que era de toda su confianza.

—Grandes novedades tenemos, amigo Fernández,—dijo al jefe de la riquísima é influyente casa española cerrando la puerta del escritorio.

—Ya me temía algo,—le respondió Fernández,—siéntese usted, tome un buen rapé y cuente lo que sepa.

—Ya sabe usted... casualidades; la casualidad me favorece siempre. Pasaba yo por el Palacio y me dió gana de saludar á mi antiguo amigo que, como sabe usted, es el que manda hoy, y lo encontré tan prevenido contra mí, que quería nada menos que mandarme fusilar.

—Esas son palabras mayores,—interrumpió Fernández, asustado.—¿Cómo ha salido usted con vida del Palacio?

—Amigos más que nunca. Conozco á mi hombre. No es capaz de matar una mosca: eso sí, me cuesta algún dinero su buena amistad, pero ya usted y yo nos ponemos de acuerdo para hacernos pagar el doble ó triple. Prepare usted esos créditos viejos, y yo veré á mi amigo mañana ó pasado, y haré que me los mande pa-

gar por la aduana de Veracruz, y quedará compensado el servicio que le vamos á hacer hoy, y digo que le vamos á hacer, porque este negocio será de cuenta y mitad si á usted le parece.

—¿Cuánto hay que dar?—preguntó Fernández.

—Una friolera. Diez mil pesos, que es necesario que mande usted ahora mismo con el dependiente á la Tesorería, y que saque su certificado de *préstamo sin interés*. Lástima que no tenga usted á ese Bolao tan inteligente para estas cosas. Ya vé usted que arriesgar diez mil pesos por obtener una orden de pago de doscientos mil de créditos viejos que ni están liquidados y que usted probablemente no los considera en su balance ni en mil pesos, vale la pena.

—Va de cuenta y mitad si usted consigue la orden.

—Lo aseguro á usted, pero mande en el acto el dinero.

El dependiente de la casa de Fernández salió con cinco cargadores, y entregó en la Tesorería los consabidos diez mil pesos.

D. Pedro durmió en la noche como un patriarca.

—Triunfo completo,—dijo al cerrar los ojos;—Dios me ha dado aquello con que se hacen los sermones.

Al día siguiente, á la hora convenida, se dirigió á la misteriosa sacristía, donde lo esperaba con impaciencia todo el batallón sagrado de clérigos, de mayordomos y demás gente de iglesia.

San Pablo no habría sido mejor recibido. Después de oír la relación que á su modo les hizo de sus pasos y trabajos, fué declarado el primer defensor de la religión, como el varón digno de ser canonizado, y de que se llamase San Pedro el Mexicano.

CAPÍTULO XL

Manos vivas y manos muertas

IMPOSIBLE de convencerlo. Ese hombre tiene una cabeza de fierro. Dos horas he empleado en exponerle con toda claridad la situación política del país, los peligros que corren las instituciones liberales y hasta la independencia de la República. En los momentos en que tenemos ya dentro de nuestro territorio la guerra extranjera, lo primero que importa es la unión de todos los mexicanos y la conformidad y acuerdo de los partidos para hacer frente y presentarnos, siquiera moralmente fuertes ante nuestros enemigos exteriores, prescindiendo cada uno de sus exageraciones y haciendo el sacrificio del amor propio, sin ir á estrellarnos con exageraciones que han dado el resultado de dividir profundamente al partido liberal. Verdad es que se necesita urgentemente dinero para la guerra, pero el medio que se ha escogido es el peor. Nadie querrá en estos momen-

tos comprar ni aun á vil precio las fincas de manos muertas, porque en el instante que triunfase la reacción, se quedarían sin las fincas y sin el dinero, y el clero que ha protestado, á buen seguro que consintiera en pagarles ni un solo peso por vía de indemnización. Nuestros ricos egoistas, y que no se mueven sino es al impulso del miedo, nada querrán prestar con una hipoteca ilusoria que no podrían hacer efectiva ante nuestros tribunales; así, en vez de que el gobierno adquiriera recursos con la publicación de la ley, se ha cerrado las puertas y se ha puesto ya en choque abierto con el clero y con la multitud de dependientes interesados en la conservación de los bienes y de los ricachos que pican de aristócratas y de creyentes fervorosos, porque sacan dinero del juzgado de Capellanías, cada vez que quieren, y sus haciendas y casas valen mucho menos de lo que deben. El día que se hiciera efectiva la redención de los capitales cumplidos, la mitad de los ricos de México que vemos muy orgullosos y contentos por las tardes en sus carruajes en el paseo de Bucareli se presentarían en quiebra, y la catástrofe pasaría de diez millones de pesos. Contra todos estos intereses está chocando el gobierno en estos críticos momentos, y en vez de tener auxilios y recursos no se ha granjeado más que enemigos.

Estas reflexiones y otras que sería largo el referir le hice, apelando también á nuestra amistad y antiguas relaciones. Lo mismo que majar en hierro frío, y á todo contestaba con su manía favorita, que ya es una especie de locura. *Mi pueblo* se les echará encima, — decía el viejo ministro, no sólo entusiasmado, sino enojado; — en cuanto que yo llame al pueblo, no quedará ni uno solo de ellos, y estos clérigos fanáticos morderán el polvo. Ya

saben ustedes que nadie lo saca de este camino y que el barbero, al tiempo de rasurarlo por la mañana le cuenta mil mentiras y lo adula de una manera tan exagerada que le hace creer que no necesita más que salir al balcón de Palacio y hablar cuatro palabras para poder disponer de la población entera. Por desgracia y cuando yo creía conseguir al menos alguna modificación en sus ideas y que tuviese una reunión con algunos diputados, entró otro ministro y echó por tierra mi peroración. En resumen, he perdido el tiempo inútilmente, y los acontecimientos se precipitan y no dan tiempo para nada. *Dios salve á la República!*

El que había pronunciado este informe con voz suave, segura y tranquila y mucho más metódico y ordenado que lo que lo hemos referido, era un personaje de mediana estatura, más bien grueso que delgado, vestido con una levita negra más bien usada y manchada que no nueva. Sus ojos estaban cubiertos con anteojos azules y como engastado su busto blanco y pálido coronado con una peluca negra y rizada, en una alta corbata negra que dejaba asomar el cuello blanco de la camisa, donde descansaban como si pudieran caerse, si les faltaba ese apoyo, dos orejas de mediano tamaño, rosadas y frescas como las de una doncella. Sin bigote ni perilla y con unas patillas cortadas á la española, parecía cuando cesaba de hablar uno de esos retratos de cera, hechos diez ó quince años antes por el célebre escultor Manolito Rodríguez.

Con el mayor recogimiento y atención escucharon esta especie de tristísimo sermón cuatro personajes, sentados alderredor de una mesa de madera de pino blanco, llena de periódicos en desorden, de libros á la rústi-

ca, de cacharros con engrudo, de fajas de papel rotuladas, de mazos de cuerda de cáñamo. Era la imprenta y redacción de un periódico, situada en una de las calles más céntricas de la capital. El dependiente en su escritorio, ocupado en extender recibos y arreglar sus cuentas; los repartidores entrando y saliendo; las puertas abiertas de par en par, y ninguno de los misterios, miedos y reservas de los hermanos caritativos y religiosos que hemos visto reunidos en la ignorada sacristía.

—Por mi parte he hecho lo mismo, — dijo un personaje alto, descolorido, de cerca de sesenta años de edad, con los pómulos salientes muy marcados y ojos pequeños, pero centelleantes: algo como una fisonomía de un mandarín asiático. — Cualquier género de reflexiones son inútiles, — continuó, — y un día ú otro debe producirse un conflicto en la capital entre la canalla que ha armado el gobierno y la guardia nacional, donde están los comerciantes, los empleados, los artesanos, en fin, lo más granado de la ciudad. Yo trato de calmar los ánimos y de conservar la disciplina y el orden, pero llegará el día en que ya no sea posible. Figúrense ustedes que trata nada menos que de hacer marchar á Veracruz los batallones, ó desarmarlos. No marcharán, porque todas esas gentes tienen familias y se han alistado para prestar solamente el servicio de la ciudad, y que la tropa de línea pueda marchar á donde convenga. Si intenta desarmarlos, no se dejarán y se defenderán á balazos.

—Triste y muy triste es verse en la necesidad de unirse con los clérigos y retrógrados, pero por el pronto no tenemos otro remedio; más tarde, cuando hayamos terminado de una manera ó de otra la cuestión extranjera

y el gobierno esté fuerte y bien establecido, nos pondremos de acuerdo con los gobernadores y con la mayoría del Congreso, y entonces se les dará el golpe de gracia, es decir, se combinará una ley que les quite los bienes y tenga al mismo tiempo un carácter de utilidad general que nos atraiga las simpatías del pueblo: por ejemplo, establecer talleres y fábricas para alentar la industria, intentar la construcción del tan soñado camino de hierro de México á Veracruz. Tenemos el proyecto de Arzullaga y un buen trozo, construído desde el puerto á Tejería; en fin, mil cosas útiles podrían intentarse con ese dinero y con el crédito.

—Ni qué pensar en eso por hoy, — interrumpió otro de los personajes que vestía un levitón pardo que le bajaba hasta cerca de los tobillos y había permanecido en pie, apoyado contra un estante y sumergido al parecer en una honda meditación, — ni qué pensar en esas cosas por ahora, — repitió, — más que en la guerra y en la manera de adquirir recursos, pero estamos entre Scila y Caribdis. Entre los clérigos no reina más que la hipocresía y el oscurantismo, y los retrógrados que los dirigen nos volverían de buena gana á la Inquisición. El amigo de Guadalajara ha tomado con entusiasmo la defensa del partido clerical, con más entusiasmo del necesario, y no se puede permitir que esa clara inteligencia siga por un mal camino; pero al pronto es menester dejarlo, enseñar á estas gentes y que nos sirvan de apoyo para debilitar al gobierno, porque no hay otro remedio. Esos hombres testarudos é incapaces de admitir consejo, van hundirnos en un mar de desgracias. No hay que hacer ilusiones, la revolución está encima, no se puede evitar, y lo menos malo es dirigirla. Con dejarles enten-

der á ciertos jefes de la guardia nacional que estamos de acuerdo, saltarán á la arena. Nosotros, sin responsabilidad personal ni moral, dirigiremos los acontecimientos. Es preciso obrar con actividad, porque los sucesos se precipitan. La catedral va á cerrarse, lo mismo que las demás iglesias, y el pueblo se agolpará y se agitará en la plaza, porque los clérigos á su vez se quieren servir del pueblo, explotando su fanatismo é inclinándolo á una guerra religiosa, tan temible cuando se trata de masas ignorantes; de modo que por una parte se inclina al populacho al desorden, á la borrachera y al robo, en nombre de la libertad, y por la otra á la rebelión y al saqueo en nombre de la religión. El deber del partido moderado es colocarse entre extremos. Procuraremos inspirar confianza al clero, á los propietarios y á los comerciantes y artesanos, y tendremos en nuestro apoyo la tropa y una mayoría sensata que los partidos extremos quieren extraviar. Es muy probable que por otros medios más adecuados se puedan conseguir recursos, y enviando dinero á San Luis tendremos al ejército del Norte y á su jefe en nuestro favor; mas para lograr el intento es indispensable formar un plan y que cuanto antes salgan del poder esos hombres que están en el Palacio. Si no le damos un plan á la guardia nacional, los clérigos se apoderarán de la situación, y en ese caso tendremos que unirnos con los *purros*, pues no podemos seguir al clero en su exclusivismo y superstición, ni estar subordinados á él, ni mucho menos humillarnos ante los *purros*. Estamos fuertes en el Congreso, en los Estados y en la opinión pública, y llamados á dominar por virtud de las mismas circunstancias, y nos entenderemos con Santa Anna por medio del amigo que conoce

nos y el que opina de la misma manera que nosotros. Tal fué el discurso del importante personaje de levitina gris.

—Pues lo que importa es formar el plan del pronunciamiento,— contestó el de los anteojos azules,—y que sea ahora mismo, aquí mismo. Se imprimirá y se repartirán ejemplares á los jefes y oficiales de los batallones de guardia nacional que se llaman *polkos*, y no necesitamos más, pues el mismo gobierno con sus medidas imprudentes y el clero con su fanatismo son los que harán que estalle la revolución tal vez esta noche, mañana, el lunes, cualquier día; no es ya más que cuestión de tiempo, y de muy poco tiempo.

—No cabe duda,— contestaron en coro los demás.

—Fijémonos en el plan y no hay que hablar más.

—Muy sencillo; voy á escribirlo.

El dependiente de la imprenta, que escuchaba la conversación, acercó un tintero, una pluma y un cuaderno de papel, y uno de los de la reunión se puso á escribir otro á dictar, y no tardaron veinte minutos en terminar su obra.

—Hemos puesto por fórmula,—dijo el amanuense,— algunos considerandos, porque así se acostumbra en los planes de pronunciamiento. Por lo demás, la situación es conocida de todo el mundo. El plan es muy sencillo: tres artículos. Aquí están. 1.º Se reconoce como presidente de la República al general D. Antonio López de Santa Anna. 2.º Cesará en el ejercicio del poder el vicepresidente, y entrará á ejercerlo provisionalmente el presidente de la Córte de Justicia. 3.º Se elevará al Congreso una respetuosa exposición para que derogue la ley de manos muertas.

Después de una ligera discusión, el plan fué aprobado por unanimidad. En el acto se apoderaron los cajistas de él para imprimirlo, y el dependiente, que era capitán de uno de los batallones de guardia nacional, quedó encargado de distribuirlo entre sus compañeros.

Fué una conspiración al aire libre, sin miedo, sin precauciones, sin muchas discusiones: era dirigida por diputados, por generales, por magistrados, por los altos personajes del partido moderado, que en aquellos momentos trataba de que pasase á sus débiles hombros todo el inmenso peso del poder público.

CAPÍTULO XLI

Un paseo en la quinta de Teresa

Con la fe, dicen los místicos, pueden trasladarse las montañas de un lugar á otro, pero gentes menos piosas y más positivas añaden que la fe sin el dinero vale poca cosa, y que en definitiva con el dinero se pueden ejecutar obras maravillosas, y así sucedió en efecto, en la quinta de San Jacinto. Los carpinteros, canteros, albañiles y pintores trabajaron bajo la acertada dirección de nuestros amigos, tan pronto, y con tan buen éxito y gusto, que en los pocos días relativamente, las habitaciones, los patios, el jardín y la huerta, se transformaron de tal manera, que el mismo propietario asustadizo que la vendió por tan poco precio, no la habría reconocido. Hemos ya varias veces visitado la célebre quinta que tan interesante papel representa en esta larga historia, pero no la hemos examinado con la atención que merece, y lo haremos ahora que los artesanos, ocupados por otra

parte en hacer su servicio en la guardia nacional, se han marchado dejando en quietud á la propietaria.

En el exterior ninguna reforma se le había hecho para no llamar la atención del vecindario. Una alta muralla de color amarilloso, manchada por las aguas y degradada por el tiempo, estaba únicamente interrumpida por una ancha puerta ojiva con espesa reja de fierro, de manera que parecía un castillo ó un edificio dedicado á la custodia de criminales sujetos al sistema penitenciario, pero en el interior el aspecto era distinto, y lo antiguo y lo moderno estaban combinados de tal manera, que el conjunto presentaba un aspecto que, sin exageración, podríamos calificar de sorprendente. Una vez pasada la puerta y subiendo los tres escalones de un vestíbulo que formaba una segunda muralla, y ocultaba como en las casas musulmanas el interior á la vista de los que pasaban, el olfato y la vista recibían una agradable sensación. Era un gran patio-jardín en cuyo centro relucía una fuente de azulejos de colores semejante á las del Alcázar de Sevilla. En el centro de la fuente un cuadrado también de azulejos remataba en un macetón colosal, de donde salían, al parecer, y colgaban en desorden y como queriéndose morder y devorar, multitud de serpientes de cuyos cuerpos brotaban unas flores rojas con múltiples estambres de oro. Era simplemente un *palillo*, tan bien cultivado, que en cualquier jardín de Europa habría pasado por una maravilla este magnífico ejemplar de la larga familia de los *cactus*. De las anchas bocas de cuatro mascarones se derramaban á intervalos chorros que mantenían la fuente llena, en cuyas aguas claras y ondeantes bullían millares de pescaditos, algunos microscópicos, de oro, plata y esmalte. En los ángu-

los, cuatro altos y frondosos naranjos regaban el suelo con blancas flores del azahar, que se escapaban de entre sus tupidas y barnizadas hojas. Al derredor de la fuente, unos asientos ó bancos hechos con piedras de templos y edificios aztecas, grabadas con indescifrables geroglíficos, daban á ese pequeño espacio un aspecto tan raro y extraño, que todos los que por primera vez visitaban la quinta tenían que detenerse allí antes de penetrar á las habitaciones. El resto del patio, bordado con arriates llenos de plantas y flores, estaba limpio y bien enlosado, y presentaba amplio espacio para que pudiesen llegar hasta la puerta de un segundo vestíbulo ó corredor los carruajes y cabalgaduras que tenían entrada por un costado de la casa. El balaustrado del corredor estaba adornado simétricamente con macetones de loza blanca de Puebla, que contenían una preciosa colección de clavos, *cactus* y *orquideas* que derramaban sus flores, resplandecientes de puro exuberantes, y de varios y mezclados colores, llenando el ambiente de un delicioso aroma. La fachada de cantería gris perla, de una correcta arquitectura griega, la formaba un gran salón con su puerta en el centro y dos ventanas de cada lado con ligeras rejas de fierro. En los costados, recámaras, pequeños salones, gabinetes, cocina, despensa, cuartos de criados, cerrándose el cuadrado con un comedor del mismo tamaño que el salón, y con salida y ventana á la huerta. En el centro de este segundo patio, menos extenso que el primero, se hallaba otra fuente de azulejos debajo de un pabellón de rosas y rústicos asientos de piedra.

El comedor, que cerraba el cuadro del edificio, era un espacioso salón, y en el exterior ostentaba una caprichosa fachada que no pertenecía á ningún orden de archi-

ectura. Era compuesta de *riscos* (1), ó fuentes incrustadas en los huecos que quedaban entre la puerta central y las ventanas, pero en vez de estar formadas con restos de vajillas rotas, estaban construídos con vistosa armonía, con vieja porcelana de Sajonia, de China y del Japón. Para una persona inteligente y de gusto por las cosas antiguas y artísticas, esta sola fachada valía tres veces más que lo que Luis había pagado por toda la quinta. La huerta espaciosa, cercada de altos muros de piedra, era un caprichoso y desordenado bosque de frutas, arbustos, plantas y flores. Una vereda terminaba con un pabellón formado de tres ó cuatro manzanos tan copados, tan cargados de frutos amarillos con su mancha roja, que con trabajo se deslizaban los rayos del sol para formar temblorosas labores en la agradable sombra de la suave grama que tapizaba el suelo. De ese pabellón, y á poca distancia se pasaba á otro, donde colgaban racimos de *perá gamboa* (2) tan pesados que plegaban y rompían las ramas de los árboles; á un costado, y siguiendo el interior de la cerca, un interminable corredor cuyo techo cubría con sus verdes hojas y fuertes zarcillos una *chayotera*; al otro costado, otro corredor con una parra silvestre pero frondosa, trepadora caprichosa, mezclando sus racimos de uva agria con las granaditas de China, y las flores de la campánula y madre selva. Por aquí, un altísimo árbol de ahuate; por allá una higuera; por

(1) Se llaman *riscos* en México á unas construcciones caprichosas, las más veces fuentes de agua, formadas de platos, tazas, jarrones y toda especie de vajilla, y colocadas en los jardines ó patios interiores de las casas.

(2) Variedad de pera, que dicen es ingerto de zapote blanco y que fue ingertada y cultivada por alguno que se llamaba Gamboa. Es la variedad más agradable por su suavidad y aroma, y difícilmente se encuentra en Europa una fruta mejor de esta especie.

otro lado un zapote blanco; en un rincón, y protegido de los vientos por las paredes de la casa, un grupo de plátanos traídos con mucho cuidado de Cuautla de las Amilpas; junto al platanar una auracaria excelsa de Australia y un árbol de *ule* procedente de Soconusco. La vegetación de las zonas, fría, caliente y templada se hallaban allí confundidas y mezcladas, y aunque el invierno no hubiese terminado, unos árboles estaban en flor, otros en fruto, y todos lozanos y frondosos como en la primavera. Surcaban el suelo cubierto de grama, arroyuelos de la agua pura y cristalina de la montaña de Santa Fe, y sin querer, los piés hollaban las azucenas blancas, la flor roja del *cacomite*, las gladiolas, las anémonas, y era necesario abrirse paso por los grupos de rosas silvestres cuyo aroma llegaba á fatigar la respiración, y andar con cuidado para no tropezar, caer con la fruta madura que el viento de la noche había arrancado de los árboles. Un jardín arreglado al estilo inglés ó italiano, habría parecido más elegante y aristocrático, pero con el encanto y atractivo salvaje de esta huerta, en que los jardineros no habían hecho más sino limpiar las veredas, arrancar la mala yerba, y aliviar á los árboles del mucho peso de sus racimos de frutos. Lo que sobre todo llamaba la atención eran dos fresnos, dos árboles que como gigantes centinelas estaban á los lados de la caprichosa fachada del comedor. Los troncos gruesos, redondos, con la corteza dura hendida en partes, y manchada con la microscópica parásita verde, se elevaban rectos y destacaban en el limpio azul del cielo sus copas redondas, redondas y sonoras copas, pues el viento se movía allí y producía los murmullos, los sonidos, los suspiros, los suspiros más extraños é indescribibles,

cuando salía de esa verde mansión era para llevar el oxígeno y la vida á los salones y recámaras de la quinta. Los gorriones amarillos y cenizos con su cabeza encarnada, y los tordos de reflexo de esmalte acerado con su cuello amarillo tenían también su habitación, pero no diez ni ciento, sino quizá millares. En las mañanas, al salir la luz era una orquesta, una ópera con un coro infinito, parecía que cada hoja verde se convertía en un gorrion. Sacudían las alas, cantaban, se acariciaban, retozaban y repentinamente y á un tiempo y juntos se desprendían del árbol, se elevaban instantáneamente formando en la transparente atmósfera mil figuras cambiantes como las de un caleidoscopio, perdiéndose á poco rato en el horizonte. ¿Dónde pasaban el día esos inquietos y ligeros vagabundos? En las montañas, en los jardines, en las alamedas, en los aires, saludando al sol, cazando insectos, revolando cerca de las fuentes y ojos de agua, sombreándose en los altos pinares de la sierra, preparando los materiales para sus nidos y los regalos para sus amadas, una florecilla con miel, un insectillo medio vivo, algo habían de traer en el pico, pues nada hay tan amoroso y tan cumplido como las aves que viven en familia. A la hora del crepúsculo, con una admirable puntualidad, las aladas colonias regresaban á sus verdes palacios, á las grandes copas de sus fresnos, porque más bien eran de ellos que del propietario de la quinta. Su regreso no era en tropel y en desorden, sino poco á poco, uno á uno, ó en cortas bandadas de diez ó veinte. Anunciaban su llegada con alegres gorgeos, revolaban, disputaban la ramita donde querían posarse, solían darse serios picotones hasta que se colocaban definitivamente. Así que estaban completamente reunidos comenzaba el

cuero y eran, dos, tres, cuatro mil gorgeos á un tiempo, que cesaban en armoniosas cadencias á medida que se iba acabando la luz. Cuando la oscuridad era completa el silencio era también completo, los pájaros habían ya tomado su lugar en el interior de los árboles, cerraban los ojos y dormían tranquilos, porque no había ni cazador que les disparase el plomo, ni ave de rapiña que viniese á acometerlos. El viento fresco y suave de la noche movía compasada y majestuosamente las grandes copas de los viejos fresnos, y susurraba sus misteriosas canciones; las rosas, los claveles y las orquídeas llenaban el ambiente con sus perfumes, y las luciérnagas volando aquí y allá como diamantes alados iluminaban á intervalos la caprichosa fachada. Desde que llegaron á la quinta Manuel y Teresa preferían ese sitio, que sin saber por qué los atraía y los encantaba, y al levantarse de su asiento favorito, se habían estrechado la mano varias veces y expresado con sólo esto toda la ternura y amor de su corazón.

En el interior, respetando como era un deber las importantes antiguallas que formaban como parte de la casa desde tiempos remotos, se habían aglomerado con gusto y discreción cuanto ofrecían de curioso y de exquisito los almacenes y tapicerías de la capital. Camas dobladas inglesas, muebles venidos de París á la renombrada tapicería de Compagnon, alfombras aterciopeladas, lámparas de cristal abrigado, sillones mullidos, vajillas de porcelana y de plata, cristal inglés, sin contarse una multitud de objetos curiosos, costureros, mesitas y condecoradas, colocadas con oportunidad en las espaciosas piezas pintadas al fresco por discípulos de la Academia de San Carlos ó tapizadas con los papeles más lujosos. El con-

junto claro, alegre, de colores vivos, algo pompeyanos, que no sólo contribuían á rechazar las ideas negras, sino que inspiraban una voluptuosidad é inclinaban á la dulce ociosidad que solamente podrían interrumpir los placeres de la mesa ó los de la conversación. Manuel, cuyo fuerte no era por cierto el de la economía, había exigido que se gastara la mayor parte de su dinero reservado, pero lo que daba más valor y atractivo á la quinta era la quietud, la paz, la tranquilidad que se experimentaba desde que se ponía el pié en el quicio de la gran reja de fierro; la calzada era apenas transitada por las mañanas por algunos indios que cargaban en sus hombros ó en el lomo de sus burros, carbón, leña y maderas del monte, los cuales, silenciosos y al trote, regresaban al caer la tarde. Parecía que la doble muralla de piedra que la aislaba del camino real y de las demás casas, le servía de escudo y de garantía, y que en sus viejas y descuidadas paredes, venían á morir y á estrellarse las pasiones y los pesares que como una peste se propagaban en la ciudad. Sentado cualquiera debajo de los majestuosos fresnos, mirando las evoluciones de las aves, respirando el aroma de las flores, y gozando de un clima templado y delicioso, no obstante que no acababa la estación del invierno, era imposible que creyese que la discordia, la matanza, el robo y la miseria se cernían á poca distancia sobre los habitantes del valle de México.

CAPÍTULO XLII

Las veladas de la quinta

Primera velada

INTENTA, muy lentamente transcurría el tiempo para Teresa; los minutos le parecían horas y las horas las enteras. Acostumbrada ya al trato y sociedad de las personas con quienes la casualidad la había puesto en contacto, las consideraba, más que como amigos, como de su propia familia, y esperaba con impaciencia el momento en que, cumpliendo su palabra, comenzasen á llegar para inaugurar las veladas, tan oportunamente ideadas por Josesito. Así pensaba al caer la tarde sentada debajo de uno de los fresnos que ya conoce el lector, cuando de entre un espeso bosquecillo de manzanos salió Mariana con un ramillete de flores en la mano.

—Vea usted, señorita, qué pensamientos tan grandes y negros, como si fueran de terciopelo. Estoy segura que no los hay iguales en los jardines de las cercanías,—dijo